

LLAMADO DEL PAPA FRANCISCO PARA VIVIR LA PASCUA

Celebrar la Pascua nos exige redescubrir a Cristo que está vivo

“Con frecuencia, miramos la vida y la realidad sin levantar los ojos del suelo; sólo enfocamos el hoy que pasa, sentimos desilusión por el futuro y nos encerramos en nuestras necesidades, nos acomodamos en la cárcel de la apatía, mientras seguimos lamentándonos y pensando que las cosas no cambiarán nunca. Y así permanecemos inmóviles ante la tumba de la resignación y del fatalismo, y sepultamos la alegría de vivir.

Gracias a la Pascua de Jesús podemos dar el salto de la nada a la vida, “y la muerte ya no podrá defraudarnos más de nuestra existencia” que ha sido abrazada totalmente y para siempre por el amor infinito de Dios.

No podemos celebrar la Pascua:

Si seguimos quedándonos en la muerte. Si permanecemos prisioneros del pasado.

Si en la vida no tenemos la valentía de dejarnos perdonar por Dios, de cambiar, de terminar con las obras del mal, de decidirnos por Jesús y por su amor.

Si reducimos la fe a un amuleto, haciendo de Dios un hermoso recuerdo de tiempos pasados, en lugar de descubrirlo como el Dios vivo que hoy quiere transformarnos a nosotros y al mundo.

Un cristianismo que busca al Señor entre los vestigios del pasado y lo encierra en el sepulcro de la costumbre es **un cristianismo sin Pascua.**”

¡Pero el Señor ha resucitado!

¡No nos detengamos en los sepulcros, sino vayamos a redescubrirlo a Él, el Viviente!
Y no tengamos miedo de buscarlo también en el rostro de los hermanos, en la historia del que espera y del que sueña, en el dolor del que llora y sufre:
¡Dios está allí!



La Semilla de la palabra



HOJA DOMINICAL

2° Domingo de Pascua

El Resucitado vive entre nosotros

En este segundo Domingo de Pascua, san Juan nos relata el encuentro de Jesús con sus discípulos, en la tarde del día en que había resucitado.

Aterrados por la muerte de Jesús, sus discípulos se refugian en una casa, a puertas cerradas. Está anocheciendo en Jerusalén y también en su corazón. Nadie puede consolar su tristeza. Poco a poco, el miedo se apodera de todos y lo único que les da cierta seguridad, es “cerrar las puertas”.

El evangelista describe la transformación que se produce en los discípulos, cuando Jesús, lleno de vida, se hace presente en medio de ellos. El Resucitado está de nuevo en el centro de su comunidad. Con Él, es posible liberarse del miedo, abrir las puertas y ponerse en marcha para anunciar el Evangelio.

Según el relato, lo primero que Jesús infunde a su comunidad es su paz. No les reprocha que lo hayan abandonado; ninguna queja ni reprobación, sólo les da su paz y su alegría. Los discípulos sienten su aliento creador, impulsados por su Espíritu, para seguir colaborando en el mismo proyecto de salvación, que el Padre encomendó a Jesús.

Como bautizados, necesitamos experimentar en nuestra comunidad, un “nuevo inicio”, partir de la presencia viva de Jesús en medio de nosotros, creer en el Resucitado y superar nuestras dudas y miedos que nos hacen vivir con las puertas cerradas, a Él y a los demás.



Salmo Responsorial
(Salmo 117)

R/. *La misericordia del Señor es eterna. Aleluya*

Diga la casa de Israel:
"Su misericordia es eterna".
Diga la casa de Aarón:
"Su misericordia es eterna".
Digan los que temen al Señor:
"Su misericordia es eterna". R/.

La piedra que desecharon los constructores, es ahora la piedra angular. Esto es obra de la mano del Señor, es un milagro patente. Este es el día del triunfo del Señor, día de júbilo y de gozo. R/.

Libéranos, Señor,
y danos tu victoria.
Bendito el que viene
en nombre del Señor.
Que Dios desde
su templo nos bendiga.
Que el Señor nuestro Dios,
nos ilumine. R/.



Aclamación antes
del Evangelio
(Jn 20, 29)

R/. *Aleluya, Aleluya*

Tomás, tú crees porque me has visto; dichosos los que creen sin haberme visto, dice el Señor.

R/. *Aleluya, Aleluya*

La Palabra del domingo...

Del libro de los Hechos de los Apóstoles (5, 12-16)

En aquellos días, los apóstoles realizaban muchos signos y prodigios en medio del pueblo. Todos los creyentes solían reunirse, por común acuerdo, en el pórtico de Salomón. Los demás no se atrevían a juntarseles, aunque la gente los tenía en gran estima. El número de hombres y mujeres que creían en el Señor iba creciendo de día en día, hasta el punto de que tenían que sacar en literas y camillas a los enfermos y ponerlos en las plazas, para que, cuando Pedro pasara, al menos su sombra cayera sobre alguno de ellos. Mucha gente de los alrededores acudía a Jerusalén y llevaba a los enfermos y a los atormentados por espíritus malignos, y todos quedaban curados.

Palabra de Dios.
R/. Te alabamos, Señor.

Del libro del Apocalipsis del apóstol san Juan (1, 9-11, 12-13, 17-19)

Yo, Juan, hermano y compañero de ustedes en la tribulación, en el Reino y en la perseverancia en Jesús, estaba desterrado en la isla de Patmos, por haber predicado la palabra de Dios y haber dado testimonio de Jesús. Un domingo caí en éxtasis y oí a mis espaldas una voz potente, como de trompeta, que decía: "Escribe en un libro lo que veas y envíalo a las siete comunidades cristianas de Asia". Me volví para ver quién me hablaba, y al volverme, vi siete lámparas de oro, y en medio de ellas, un hombre vestido de larga túnica, ceñida a la altura del pecho, con una franja de oro.

Al contemplarlo, caí a sus pies como muerto; pero él, poniendo sobre mí la mano derecha, me dijo: "No temas. Yo soy el primero y el último; yo soy el que vive. Estuve muerto y ahora, como ves, estoy vivo por los siglos de los siglos. Yo tengo las llaves de la muerte y del más allá. Escribe lo que has visto, tanto sobre las cosas que están sucediendo, como sobre las que sucederán después".

Palabra de Dios. R/. Te alabamos, Señor.

Del santo Evangelio según san Juan (20, 19-31)

Al anochecer del día de la resurrección, estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban los discípulos, por miedo a los judíos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: "La paz esté con ustedes". Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Cuando los discípulos vieron al Señor, se llenaron de alegría. De nuevo les dijo Jesús: "La paz esté con ustedes. Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo". Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo: "Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar".

Tomás, uno de los Doce, a quien llamaban el Gemelo, no estaba con ellos cuando vino Jesús, y los otros discípulos le decían: "Hemos visto al Señor". Pero él les contestó: "Si no veo en sus manos la señal de los clavos y si no meto mi dedo en los agujeros

de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré".

Ocho días después, estaban reunidos los discípulos a puerta cerrada y Tomás estaba con ellos. Jesús se presentó de nuevo en medio de ellos y les dijo: "La paz esté con ustedes". Luego le dijo a Tomás: "Aquí están mis manos; acerca tu dedo. Trae acá tu mano, métela en mi costado y no sigas dudando, sino cree". Tomás le respondió: "¡Señor mío y Dios mío!" Jesús añadió: "Tú crees porque me has visto; dichosos los que creen sin haber visto".

Otros muchos signos hizo Jesús en presencia de sus discípulos, pero no están escritos en este libro. Se escribieron éstos para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengan vida en su nombre.

Palabra del Señor.
R/. Gloria a ti, Señor Jesús.

